

¡A los obreros de Europa y los Estados Unidos!
Las matanzas en Bélgica. Manifiesto del Consejo General de Londres. A todos
los miembros de la AIT
15 de mayo de 1869
Redactado por Carlos Marx

(Tomado de R. Dangeville (edit.), Marx y Engels, *El sindicalismo*, Tomo I, Editorial Laia – Ediciones de Bolsillo, Barcelona, 1976, páginas 174-182. Llamamiento titulado también *Las matanzas en Bélgica. Manifiesto del Consejo General de Londres. A todos los miembros de la AIT*, redactado por Marx, publicado en *L'Internationale* de Bruselas el 15 de mayo de 1869 y en inglés en forma de libelo. La edición de la que traduce Dangeville es desde la de los *Vorbote* de junio de 1869.)

En Inglaterra no pasa semana sin huelgas, y huelgas magníficas, por cierto. Si el gobierno utilizase estas ocasiones para soltar sus soldados contra los obreros, este país de huelgas pronto se convertiría en país de carnicería. Pero esto no duraría más que semanas, pues tras algunas tentativas de violencias brutales desaparecería el actual poder del estado.

En los Estados Unidos las huelgas no cesan de multiplicarse y de extenderse en el curso de estos últimos años, y amenazaron a veces el orden establecido. No obstante, no ha habido derramamientos de sangre.

En varios grandes estados militares del continente europeo, el inicio de la era de las huelgas coincide con el fin de la guerra civil americana, pero tampoco aquí ha habido derramamientos de sangre. Sólo existe un pequeño país del mundo civilizado en donde las fuerzas armadas están para hacer con los obreros en huelga una carnicería, y en donde toda huelga se acoge con codicia y malignidad como pretexto para proceder oficialmente a hacer una matanza de obreros. Este único y bendito pequeño país es Bélgica, estado modelo del constitucionalismo continental, cómodo paraíso y coto de los propietarios territoriales, de los capitalistas y de los curas. Al igual que la tierra lleva a cabo su revolución anual, está asegurado del mismo modo que el gobierno belga efectúe su matanza anual de obreros. La carnicería de este año no se distingue de la del pasado¹ más que por el número todavía más espantoso de víctimas de la masacre, por exacciones más salvajes de la soldadesca, por lo demás grotesca, así como por la alegría escandalosa de la prensa, la clérigalla y los capitalistas, y por la futilidad del pretexto de que han echado mano los verdugos del estado oficial.

Por lo demás, incluso a través de los informes publicados impudicamente por la prensa capitalista, queda de manifiesto que la huelga absolutamente legal de los obreros de las fundiciones de Cockerill en Seraing no se transformó en motín más que como consecuencia de la intervención de la caballería y de la gendarmería que fueron enviadas a aquel lugar para provocar al pueblo². Del 9 al 12 de abril, estos valerosos guerreros no sólo acometieron a los obreros sin defensa con sus sables o sus bayonetas, sino que mataron o hirieron sin distinción a tranquilos transeúntes, invadieron brutalmente las

¹ Ver en esta misma serie de las Edicions Internacionals Sedov: [\[El Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores sobre la lucha de los mineros de Charleroi\]](#).

² [Escrito del Consejo General Belga a los obreros de Seraing y alrededores](#), en esta misma serie de las Edicions Internacionals Sedov.

casas de los particulares, y, en diversas ocasiones, hasta se divertieron en atacar como locos a los viajeros que estaban en el interior de la estación de Seraing.

Cuando hubieron transcurrido aquellas jornadas de terror, se cayó en la cuenta de que M. Kamp, alcalde de Seriang, era un agente de las fábricas Cockerill, de que el ministro del Interior, un tal Pirmez, era el principal accionista de una mina de carbón próxima, igualmente en huelga, que Su Majestad Real, la princesa de Flandes, había colocado 15 millones de francos en las fábricas Cockerill. De donde se extrajo la extraña conclusión de que la matanza de Seraing se situó al nivel de las sociedades por acciones, de una especie de golpe de estado, perpetrado con maligno regocijo por la sociedad Cockerill y el ministro del interior, con el único objeto de aterrorizar a sus súbditos.

Esta calumnia quedó no obstante desmentida por los incidentes que se desarrollaron en el Borinage (el distrito carbonero) en donde este mismo ministro, el famoso Pirmez, no parece ser el principal capitalista. A continuación de una huelga casi general, se concentraron tropas numerosas provistas de un fusil de modelo nuevo. Éstas inauguraron su campaña en Frameries con un fusilamiento que mató a nueve mineros e hirió gravemente a veinte más. Tras este prologo heroico, se promulgó la ley contra las sediciones, llamada no sin gracia “las diligencias preliminares”, y siguió la matanza.

Diversos políticos atribuyen a estos hechos inauditos motivos de un elevado patriotismo. Pretenden que, tras haber negociado con el vecino galo sobre ciertos extremos delicados, es deber del gobierno poner fuera de toda duda la valentía de su ejército. Gracias a un envío de armas minuciosamente preparado, la caballería belga realizó su irresistible y fogoso asalto en Seraing, y la infantería belga dio muestras en Frameries de su coraje. No hay medio más infalible para inspirar el temor y respeto en el extranjero que entablar en el interior del país batallas en donde se sabe que nada se perderá abriendo frentes de lucha en la propia casa, en donde centenares de obreros abatidos, mutilados y hechos prisioneros proyectan una gloria brillante sobre los guerreros sanos y salvos que, hasta el último hombre, se retiran sin un rasguño.

Otros políticos sospecharon que los ministros belgas estaban a sueldo de las Tullerías y habían montado personalmente este espantoso espectáculo con un aire de guerra civil para dar a Bonaparte un pretexto: salvar en Bélgica la sociedad, como la había salvado antes en Francia. Pero, ¿se acusó jamás al exgobernador Eyre de haber organizado las matanzas de negros en Jamaica para sustraer esta isla a la influencia de Inglaterra y para hacerla pasar por las manos del verdugo? En nuestra opinión, no cabe duda de que los ministros belgas son patriotas excelentes al estilo de Eyre. Como él era instrumento sin escrúpulos de los plantadores, ellos son instrumentos sin escrúpulos del capitalismo belga.

El capitalismo belga ha adquirido en el mundo una gran reputación por su pasión por la pretendida “libertad del trabajo”. Está tan imbuido de la libertad de sus obreros que les hace trabajar para él sin distinción de edad ni sexo, de día y de noche y a todas horas, tan a la perfección que siempre rechazó con la más viva de las indignaciones toda restricción de esta libertad que supusiera la introducción de una legislación sobre las fábricas. La idea de que un simple obrero pueda mostrarse tan pérfido como para tender a otro fin que no sea el de enriquecer a su amo y patrono le hace temblar. No sólo está totalmente dispuesto a que su obrero siga siendo un miserable criado que se mata en la faena por un salario de hambre, sino que, como todo esclavista, quiere que sus súbditos se arrastren, den muestras de sumisión con costumbres serviles, con una religión de humildad, y el corazón contrito. Esto es lo que explica su loca cólera frente a los huelguistas, pues la huelga representa para él una blasfemia, una revuelta de esclavos y la señal del diluvio social.

Si hombres de tal catadura, crueles por su ruindad, tienen entre sus manos, sin compartirlo y sin control alguno, el poder absoluto del estado, como ocurre en Bélgica, no hay por qué asombrarse de que el sable, la bayoneta y el fusil se utilicen para hacer que descendan los salarios y suban los beneficios.

Pero, ¿a qué otros fines podría servir en verdad el ejército belga? Cuando, siguiendo las órdenes de la Europa oficial, se declaró a Bélgica estado neutral, hubiera habido que tener el suficiente sentido común para prohibirle el lujo costoso de un ejército, con excepción quizá de un puñado de soldados de parada, indispensable para los juegos de marionetas reales. Pero en realidad, Bélgica, en los 37.507 kilómetros cuadrados que ocupa, encierra en realidad un ejército más importante que el de la Gran Bretaña o el de los Estados Unidos, cuyo tiempo de servicio habrá de calcularse fatalmente en función de sus razias contra la clase obrera.

En estas condiciones es normal que la Asociación Internacional de Trabajadores no sea bien acogida en Bélgica. Excomulgada por los curas, difamada por la prensa burguesa, entró inmediatamente en conflicto con el gobierno, quien puso todo en marcha para desembarazarse de ella buscando hacerla responsable de las huelgas de Charleroi de 1867 a 1868, huelgas que, siguiendo la norma belga, acabaron en una matanza oficial, y en el procesamiento de las víctimas ante los tribunales. No sólo fracasó esta cábala del gobierno, sino que, merced a la intervención activa de la Asociación Internacional de Trabajadores, fueron absueltos todos los obreros acusados, mientras que un jurado belga declaró culpable al gobierno belga.

Molesto por esta derrota, el gobierno belga se descargó denunciando violentamente a la Asociación Internacional de Trabajadores desde lo alto de la tribuna de su segunda cámara, y declarando solemnemente que no admitiría jamás que el Congreso General se reuniese en Bruselas. Pero este Congreso se celebró en Bruselas. Aunque finalmente es forzoso que la Internacional sucumba a la omnipotencia de los 30.507 kilómetros cuadrados belgas. En efecto, su responsabilidad penal compartida en los recientes acontecimientos se muestra a plena luz del día. Los emisarios del Comité central belga y de otros comités locales han sido cogidos en flagrante delito de atrocidades diversas, pues intentaron apaciguar a los obreros y precaverlos contra las trampas del gobierno. En algunas localidades llegaron incluso a evitar que la sangre corriera. Finalmente, estos mensajeros del Mal hicieron una encuesta sobre el terreno y tomaron nota cuidadosa, certificada por testigos, de lo que vieron, y denunciaron públicamente los caprichos sanguinarios de los defensores del orden. Por el simple proceso de encarcelamiento los emisarios fueron transformados de acusadores en acusados.

En tales condiciones, se invadió brutalmente el alojamiento de los miembros del Comité de Bruselas, se secuestraron sus papeles y se arrestó a alguno de ellos bajo la acusación de pertenecer a una sociedad creada con el fin de atentar contra la vida y la propiedad de las personas. En otros términos, se les acusó de pertenecer a una sociedad de estranguladores llamada Asociación Internacional de Trabajadores. Excitado por los sermones de los curas y los aullidos salvajes de la prensa burguesa, el gobierno enano de megalómanos se esfuerza angustiosamente, tras revolcarse en un baño de sangre, en ahogarse en un mar de ridículo.

El Comité central de Bruselas ha revelado ya su intención de realizar una encuesta completa acerca de las masacres de Seraing y del Borinage y publicar los resultados. Difundiremos estas revelaciones en las diferentes lenguas y en todos los países, a fin de abrir los ojos al mundo acerca de la jactancia preferida de los capitalistas belgas: “La libertad, para dar la vuelta al mundo, no tiene por qué pasar por aquí.”

El gobierno belga, que obtuvo un plazo de gracia tras las revoluciones de 1848 y 1849, convirtiéndose en el agente político de la policía de los gobiernos reaccionarios,

quizá se enorgullezca de poder desviar el peligro que le acecha hoy, convirtiéndose abiertamente en el gendarme del capital contra el trabajo. En lugar de detener la catástrofe, no hace más que acelerarla. Si Bélgica se convierte para las masas populares en sinónimo y símbolo de la infamia, se habrá levantado el último obstáculo que se opone a los deseos de los déspotas que tratan de borrar su nombre del mapa de Europa.

El Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores hace un llamamiento a todos los obreros de Europa y de los Estados Unidos para que organicen colectas a fin de aliviar la miseria de las viudas, de las mujeres y los niños, para organizar la defensa de los acusados y ayudar a la encuesta que se proyecta.

Por el Consejo General
de la Asociación Internacional de Trabajadores:

R. Apllegarth, presidente. J. Shaw, secretario para América. B. Bernard, secretario para Bélgica. Eugene Dupont, secretario para Francia. Karl Marx, secretario para Alemania. Johannard, secretario para Italia. A. Zabicki, secretario para Polonia. Cowell Stepney, cajero. J. Goerg Eccarius, secretario general. (Buró del Consejo general, 256 High Holborn, London, W. C.)

Londres, 4 de mayo de 1869

Edicions Internacionals Sedov
Serie Primera Internacional – Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es